

LA UNIDAD ESPAÑOLA EN LA  
OBRA DE MENÉNDEZ Y PELAYO

POR

FRANCISCO DE NARDIZ Y POMBO

*Para el Ilustrísimo Señor Don Miguel Ar-  
tigas Ferrando, a quien el autor debe no po-  
cos alientos en sus empresas literarias.*

«La clave de la Historia de España—ha dicho el Marqués de Lozoya en sus «Orígenes del Imperio»—está en la lucha entre el signo de la Unidad y el germen de la diversidad, este siempre en actividad morbosa, aunque a veces oculta». (1)

La obra de la unidad española fué obra de siglos. Si nuestra península geográficamente pudo haber estado llamada a formar un todo dentro de sus límites naturales, la disposición espiritual—por así decirlo—de las tierras que la integraban, era terreno abonado para mantener latente el germen de la

---

(1) Juan de Contreras, Marqués de Lozoya. «Los Orígenes del Imperio.» (La España de Fernando e Isabel). Biblioteca Nueva, Madrid, 1939.

desintegración. No es menester, ni los límites de este trabajo lo permitirían, que yo diga ahora el proceso de nuestra integración ni los procesos desintegradores de esta España, que alguien se atrevió a llamar invertebrada, pero que la voluntad indomable de los españoles y de nuestro movimiento nacional-sindicalista han de vertebrar en forma que nuestra segunda época imperial sea la definitiva y podamos decir, con razón, que nuestra restauración patria sea ahora verdaderamente sin retroceso.

No es necesario recordar la lucha entre el principio de unidad y el de diversidad. Aquel puede representarse por el Imperio de Roma, por algunos reyes de Castilla y Aragón que buscaban a todo trance la unión de los diversos reinos cristianos, por los Reyes Católicos, por los Austrias, por los Borbones. El principio de la diversidad tiene como exponentes los reinos de Taifas, los reinos de la Edad Media, los prejuicios patrimoniales de algunos monarcas de la Reconquista, los arrebatos separatistas del siglo XVII, las Juntas locales de 1808, el cantonalismo de 1873, la república de 1931.

Cuando se logró la unidad española, bajo Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, se venció la diversidad, afianzando el principio de autoridad y organizando el Estado sobre bases firmísimas que permitieron a los sucesores de estos esclarecidos monarcas llevar el nombre de España del uno al otro confín del mundo, con aquel aire de españolización, espiritual y guerrero, que fué el exponente de uno de los Imperios más valiosos de la Civilización de Occidente.

España salió en el siglo XV—reinado de Isabel y Fernando—de un caos. «La fuerte mano de la Reina Católica, asistida por el genio político y la bizarría militar de su consorte, el Príncipe de Aragón» (1), logró, con remedios heroicos muchas

---

(1) M. Menéndez y Pelayo. Historia de la Poseía Castellana en la Edad Media. Tomo III. 1916.

veces, pero con verdadero espíritu político y humano, alzar a España del lamentable estado en que se encontraba en los finales de la Edad Media.

El problema de España es un problema de unidad. Lo será siempre. Es un problema de ser o no ser. Y este problema, que nunca debemos olvidar y para cuya exacta resolución debemos entregar a nuestra Patria todo nuestro esfuerzo y nuestros entusiasmos todos, acaso nadie lo comprendió y lo entendió como nuestro Menéndez y Pelayo. Si, como se ha dicho más de una vez, (1) la magna tarea del historiador es comprender los hechos de su tiempo, y, partiendo de ellos, presentir, interpretar y diseñar el futuro que ha de advenir, no cabe duda que entre quienes mejor comprendieron aquellos hechos y más claramente diseñaron e interpretaron el futuro, se encuentra Menéndez y Pelayo.

Por esta razón, cuando se me invitó a tomar parte en este cursillo (2) sobre temas y valores de la Montaña, y se me designó para hablar de nuestro insigne polígrafo, si bien atemorizado por mi pequeñez ante el Maestro, no dudé en esbozar el tema de la Unidad de España a través de su obra, por entender que, siendo aquella base imprescindible y esencialísima de nuestra grandeza, y este otro paladín esforzado de nuestra Patria y heraldo de nuestro resurgimiento, bien valía la pena, aunque fuera a través de mi palabra, recordar en este cursillo la obra de don Marcelino puesta al servicio de la Patria.

La crítica creadora, anticipadora, monitoria y directiva, a que se ha referido Spengler en sus «Años Decisivos», la tene-

---

(1) Oswald Spengler. «Años Decisivos». Espasa-Calpe. 1934.

(2) El presente trabajo, dado a conocer en un cursillo radiado acerca de temas y valores de la Montaña, no tiene otra finalidad que divulgar el tema de la unidad española tal y como fluye de la obra de Menéndez y Pelayo. El autor se atreve a darlo a la imprenta atendiendo, más que a su propia inclinación, a los requerimientos de algunos amigos, y aprovechando la gentil acogida que le dispensa la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO.

mos en cuanto a España en Menéndez y Pelayo, defensor de la Patria y orientador de nuestro resurgimiento y de nuestra vuelta a las más puras y castizas esencias de la tradición española.

La unidad de los pueblos, para don Marcelino—y con sus mismas palabras lo hemos de decir, es «unidad orgánica y viva y no puede ser una unidad ficticia, verdadera unidad de la muerte». (1) Y cuál sea en particular la unidad de España, cuál su mayor timbre de gloria, cuál la mayor grandeza de nuestra Patria, bien claro lo da a entender Menéndez y Pelayo en aquellas palabras que pueden leerse en el epílogo de su «Historia de los Heterodoxos españoles»: (2) «España—dice—evangelizadora de la mitad del Orbe, España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad, no tenemos otra». «El día en que acabe de perderse—añadía en 1882—España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los Reyes de Taifas». (3) La historia de los últimos años vino a darle la razón. Porque la última desintegración española, a la que todos hemos asistido y contra la que se levantó el espíritu de la raza en 1936, fué consecuencia de la pérdida de nuestro ser y de nuestra esencia.

En España era preciso recobrar la anchura y la profundidad de la nacionalidad. Era imprescindible recuperar la esencia íntima, que se iba perdiendo entre los vaivenes revolucionarios de la antipatria, ante los que claudicaban gobernados y gobernantes. En España era indeclinable vencer lo anárquico y lo desbocado. Menéndez y Pelayo lo decía a finales del

---

(1) M. Menéndez y Pelayo. Discurso en los Juegos Florales celebrados en Barcelona en 27 de mayo de 1888.

(2) Historia de los Heterodoxos Españoles. Segunda Edición refundida. Victoriano Suárez, 1932.

(3) Epílogo de los Heterodoxos Españoles.

siglo pasado. Y llamaba la atención sobre la pérdida de nuestra esencia. Porque todo cuanto se hacía en España «era remedo y trasunto débil de lo que en otras partes veíamos aclamado». (1)

Pero, ahora bien. Para echar los cimientos de un futuro glorioso, para poder preparar el terreno a las generaciones venideras y que estas puedan levantar el edificio de la grandeza perdurable de la Patria, ha de buscarse la acción continuada de antiguas tradiciones. Porque «únicamente aquello que de nuestros padres llevamos en la sangre, ideas sin palabras—ha dicho Spengler—es lo que promete consistencia al futuro» (2). Es lo mismo que decía nuestro polígrafo: «No suelen venir dos siglos de oro sobre la misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan los mismos, por lo menos en sus últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron, aún puede esperarse su regeneración; aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor, y *acudan las gentes a su lubre y los pueblos al resplandor de su Oriente*» (3).

No se debe olvidar nuestro primer enunciado. No se puede olvidar ni por un momento cuál ha sido el primer elemento integrador de nuestra unidad. *El espíritu católico*. La aspiración a la unidad religiosa valía tanto en los años constructivos de España, como la aspiración a la unidad política. Diremos más; diremos que sin la unidad religiosa nunca habiéramos logrado la unidad política.

---

(1) Idem.

(2) Spengler. Obra citada.

(3) Heterodoxos. Epílogo.

Por esto se ha podido decir que aquella aspiración a la unidad religiosa era «un anhelo tenaz, casi doloroso en los espíritus más selectos y clarividentes de España, y una tendencia más vaga pero persistente en la entraña del pueblo» (1). La declaración de catolicismo de Menéndez y Pelayo es bien terminante. Como ha dicho alguien «es la profesión de fé más completa y más firme que pudiera imaginarse» (2). «Soy católico—dice,—no nuevo ni viejo, sinó *católico* a machamartillo, como mis padres, como mis abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bantante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fé que profeso, pero muy ajeno, a la vez, de pretender convertir en dogma las opiniones filosóficas de este o del otro doctor particular por respetable que sea en la Iglesia» (3).

Y cualquiera que hojee las obras del Maestro, podrá apreciar en qué encendidos términos resalta este espíritu informador de nuestra esencia. Así dice, al retratar a la sociedad española del siglo XVI, plena Edad de Oro: «En primer lugar el carácter que salta a la vista, es el fervor religioso que se sobrepone al sentimiento del honor, al sentimiento monárquico y a todos los que impropriamente se han tenido por fundamentales y primeros; ante todo, la España del siglo XVI es un pueblo católico, más diremos, un pueblo de teólogos. Si quisiéramos reducir a fórmula el estado social de España en el siglo XVI diríamos que venía a constituir *una democracia frailuna*. Ni aquí había monarquía propiamente poderosa por ser monarquía, ni aristocracia poderosa por ser aristocra-

---

(1) Heterodoxos Españoles. Edición citada.

(2) Jorge Vigón. Historia de España seleccionada en la obra del Maestro. Madrid. 1934.

(3) Menéndez y Pelayo. «La Ciencia Española». 1880.

cia... Solo quedaba, y omnipotente lo regía todo, el espíritu católico sostenido por los reyes y en virtud del cual los reyes eran grandes» (1). Y dice también: «Hubiéramos visto, en primer lugar, un pueblo de teólogos y soldados que echó sobre sus hombros la titánica empresa de salvar con el razonamiento y la espada la Europa latina de la nueva invasión de bárbaros septentrionales; y en nueva y portentosa cruzada» guiada exclusivamente «por todo eso que llaman idealismos y visiones los positivistas, por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por su Dios y por su tradición, fué a sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra». Y aunque se diga que el sacrificio fué inútil y la empresa vana, no debe olvidarse que si los cincuenta primeros años del siglo XVI fueron de conquistas para la Reforma, gracias a España fueron los otros cincuenta de retroceso. (2). Y añade Menéndez y Pelayo: «En aquel duelo terrible entre Cristo y Belial, España bajó sola a la arena; y si al fin cayó desangrada y vencida por el número, no por el valor de sus émulos, menester fué que éstos vinieran en tropel y en cuadrilla a repartirse los depojos de la amazona del Mediodía, que así y todo quedó rendida y extenuada, pero no muerta, para levantarse más heroica que nunca cuando la revolución atea llamó a sus puertas y ardieron las benditas llamas de Zaragoza». (3)

La unidad española se asienta, pues, no solo sobre la unidad legislativa, sino también sobre la unidad de creencias. Si España —según Menéndez y Pelayo— «ni por la naturaleza del suelo, ni por la raza ni por el carácter, parecía destinada a

---

(1) Estudios de Crítica Literaria, Tercera Serie. 1895.

(2) Heterodoxos. Tomo V.

(3) Idem.

formar una gran nación», (1) la unidad de creencia, que tan bravamente defendieron nuestros reyes, fué el instrumento providencial que permitió a la nación, que mantuvo la más titánica lucha contra la desintegración europea, llegar a formar un todo político.

«Es Roma—según Menéndez y Pelayo— quien nos lleva a la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares, siembra en las mallas de esa red colonias y municipios, reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos que en lo esencial aún persisten, nos da la unidad de lengua, mezcla la sangre latina con la nuestra, confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los exámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad, en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo». (2)

«Pero faltaba otra unidad más profunda—sigue diciendo el autor de «Horacio en España»—, la unidad de creencia. Solo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de fuerza unánime, solo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones, solo por ella corre la savia hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios... ¿qué pueblo habrá grande y fuerte, qué pueblo osará arrojarse con fé y aliento de juventud al torrente de los siglos?» (3)

Pues bien. Esta unidad se la dió a España el Cristianismo.

«Dios— continúa diciendo Menéndez y Pelayo—nos concedió la victoria y premió el esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos

---

(1) Heterodoxos, Epflogo citado-

(2) Idem.

(3) Idem.

líderos del mundo». «¡Dichosa edad aquélla, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! Nada parecía ni resultaba imposible; la fé de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fé que mueve las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentes, el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bálticas, con la espada en la boca y el agua a la cinta, y el entregar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatava la herejía». (1)

Nos hemos detenido en este primer aspecto de la unidad española a la luz de la obra de Menéndez y Pelayo porque es, como dijimos antes, el elemento primordial de nuestra grandeza. Y tan importante que contra él se levantó en primer lugar la leyenda negra. La historia en nuestros tiempos ha aclarado hechos y conductas y saben ya todos los hombres de buena fé a qué atenerse.

Porque a la época del Imperio español se le achaca la intolerancia, sobre todo frente a la Inquisición—cuya historia no pretendemos ahora hacer, pero a la que hemos de referirnos, porque, en frase de Menéndez y Pelayo, «al lado de las virtudes de los Santos, de la espada de los Reyes y de la red de los conventos y universidades que mantenían vivo el espíritu teológico, lidiaba contra la herejía otro poder formidable.» (2) la Inquisición, que acabamos de citar.

No hay que olvidar ni un momento que «la tolerancia es virtud fácil». «Es, como dice nuestro polígrafo, enfermedad de épocas de escepticismo o de fé nula. El que nada cree, ni

---

(1) Idem.

(2) Heterodoxos. Tomo V.

espera en nada, ni se afana y acongoja por la salvación o pérdida de las almas, fácilmente puede ser tolerante. Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad o eunuquismo del entendimiento. ¿Cuándo fué tolerante quién abrazó con firmeza y amor y convirtió en ideal de su vida, como ahora se dice, un sistema religioso, político, filosófico y hasta literario?» (1) Es decir, que la tolerancia es perniciosa. Desgraciadamente hemos tenido muy cerca el ejemplo en nuestra Patria. No hay que olvidar que «la duda y el espíritu escéptico pueden ser—como dice nuestro autor—un estado patológico más o menos elegante, pero reducido a escaso número de personas; jamás entrará en el ánimo de las muchedumbres». (2) Menéndez y Pelayo ha demostrado, además, que durante el siglo de Oro, en contra de cuanto se ha dicho, lejos de perseguirse la ciencia, no se prohibió ni un solo texto. En el siglo XVI España, en fin, dominó al mundo más que por las armas por el pensamiento.

La intolerancia, la santa intolerancia contra el error, es propio, repetimos, de quien abraza su credo político con fé y entusiasmo, como debe abrazarse. La defensa de nuestra Patria ha de aconsejarnos la intolerancia contra los que la quieren destruir. Por esta razón contra quienes la querían desintegrar y aniquilar en 1936, se alzó lo mejor de España. Que la unidad de la Patria impone la lucha constante contra quienes quieran atacarla en su integridad.

La unidad española es tema perenne, y, en estos días en que vivimos, de actualidad palpitante. Sin un afán verdadero de unidad—que vale tanto como el afán de grandeza—no hubiera sido posible nuestro movimiento. Con la unidad que predicara José Antonio y que ha realizado Franco, España volverá a recobrar su pulso, y, reencontrando su camino ver-

---

(1) Heterodoxos. Tomo V.

(2) Idem.

dadero—los caminos de España no tienen pérdida cuando se siguen por las rutas tradicionales—volverá a señalar hito en la Historia de la Humanidad como colaboradora, defensora y sustentadora de la verdadera Civilización, que antaño marchó y hoy ha de marchar al unísono de su propia grandeza.



«Ovidio hablaba—dijo Ramiro de Maeztu en su «Defensa de la Hispanidad»—de un ímpetu sagrado de que se nutren los poetas: *Impetus ille sacer, qui vatum pectora nutri*. El ímpetu sagrado de que se han de nutrir los pueblos que ya tienen valor universal es su corriente histórica. Es el camino que Dios les señala. Y fuera de la vía, no hay sino extravío». (1).

Por esto hemos dicho que los caminos de España no tienen pérdida cuando se siguen por las rutas tradicionales. En nuestro anhelo y en nuestra labor constante por la unidad, debemos tener siempre presente este enunciado. Debemos volver la vista a las páginas de nuestra historia. Es esta labor aleccionadora. Y, emprendiéndola, podremos ver cómo un pueblo, cuando sigue las trayectorias de sus más recias sustancias, se eleva, y cómo se hunde cuando busca lo extraño. Los pueblos, como los individuos, tienen un espíritu y una misión. El espíritu—o el alma de los pueblos, si queréis—no puede adulterarse. Prueba de ello es que resurge cuando su destino lo exige. Mas, conviene que no se tuerza para que la vida del pueblo no sufra colapsos.

Para ello hay que volver la vista a la tradición. Hay que retornar, como ya hemos dicho antes, al ser y esencia de la Patria. Los pueblos que tienen conciencia de su misión secular obran siempre de cara a la tradición. Ya Menéndez y Pelayo,

---

(1) Ramiro de Maeztu. «Defensa de la Hispanidad». Tercera Edición. Valladolid, 1938.

al ocuparse de esto, señalaba cómo la tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico, y cómo Italia—ya en aquellos días del polígrafo—apoyándose en su tradición construía sabiamente su ciencia, emancipándose de tutelas y servidumbres extranjeras. Y añadía don Marcelino: «Donde no se conserve piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original, ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya ni extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil». (1)

No olvidemos, pues, que en las nuevas rutas de Imperio de nuestra España, puede y debe servirnos de guión la grandeza pasada. No olvidemos nunca que en nuestra patria hemos tenido la más aleccionadora enseñanza en cuanto se refiere al pasado. Cuando España, misionera y católica, guerrera y civilizadora, miraba al mundo para españolizarle, fué grande. Cuando, olvidándose de su espíritu y de su esencia, empezó a mirar a Europa para europeizarse, comenzó su decadencia, que fué en aumento a medida que más y más se separaba de sí misma. Lo importante no es ser europeos para desespañolizarnos. Lo esencial es ser ante todo españoles, que lo europeo que necesitamos ya se nos dará por añadidura.

Ni tenemos que mendigar cultura, ni tradición, ni espíritu. Nuestra corriente histórica, es el ímpetu de que debemos nutrirnos. Con ella lograremos la unidad verdadera. Esa unidad inseparable de nuestra grandeza y nuestra libertad que es el primer enunciado del Estado y que Menéndez y Pelayo defendió y propugnó como nadie. Suyas son estas palabras: «La ignorancia y el olvido en que estamos de nuestro pasado intelectual; las insensatas declamaciones que se enderezan a apar-

---

(1) Menéndez y Pelayo. «Ensayos de Crítica Filosófica». 1892.

tarnos de su estudio como cosa baladí y de poco momento; el desacordado empeño de algunos en romper con toda tradición científica, persuadidos de que solo en su secta y escuela se halla la verdad completa; la facilidad que hoy existe para apropiarnos la erudición forastera, granjeando así la fama de sabios a poca costa, y las dificultades con que tropezamos para conocer, siquiera por encima, la nuestra; el orgullo de la vida («superbia vitae») que caracteriza al siglo actual entre cuantos recuerda la historia, son causas que producen ese menosprecio de todo lo de casa, esas antipatrióticas afirmaciones que afligen y contristan el ánimo». (1) Esto no se puede decir ya en nuestros días, pero era, desgraciadamente cierto en aquellos otros en que, olvidándonos de nosotros mismos, buscábamos la moda extranjera, hasta para lo íntimo de nuestro ser.

Porque en España nos íbamos hacia afuera, en vez de mirar hacia dentro; porque en España, como dijimos antes, todo cuanto se hacía era remedo y trasunto débil de lo que en otras partes veíamos aclamado, pudo un poeta—Bartrina (2)—escribir aquella estrofa, amarga para todo buen español que se precie de amar a su Patria:

Oyendo hablar a un hombre, fácil es  
 Averiguar donde vió la luz del Sol:  
 Si os alaba a Inglaterra, será inglés;  
 Si os habla mal de Prusia, es un francés;  
 Y, si habla mal de España, es español.

Los caminos de España que hemos de recorrer y que son los que llevaron a nuestra Patria a la grandeza y al Imperio, son los caminos que recorrió la Reina Católica; los que recorrieron todos los monarcas genuinamente españoles que tuvieron por norte y guía la integridad de la Patria; los que se

(1) «La Ciencia Española». Edición ya citada.

(2) José M.<sup>a</sup> Bartrina. «Algo». Sexta Edición, 1910. Barcelona.

prepararon en la Edad Media, cuya cumbre y cima, el siglo XIII, es uno de los momentos más aleccionadores de nuestra Historia, porque fué la época del espíritu, y, aunque no fuera época perfecta, como dijo Menéndez y Pelayo, «fué completa, porque encontró su arte propio, su peculiar filosofía, los organismos adecuados a sus funciones, con la independencia necesaria a cada uno para su cabal desarrollo; pero en íntima relación y trabazón unos con otros» (1). Los Reyes Católicos, de los que es preciso hablar cuantas veces se haga alusión a la unidad de España, coinciden un día en una convergencia de caminos. Y comienzan la ruta unitaria de España, la verdadera, la que nos dió la grandeza de las centurias de nuestra Edad de Oro y que luego abandonamos para perdernos y hundirnos. Cuando nuestra Patria deja su propio camino por los extraños, los tumbos se suceden y la ruina llega. Por eso decíamos antes que cuando españolizábamos al mundo ascendíamos; cuando extranjerizábamos a España nos hundíamos.

La Tradición a la que antes invocábamos, no se crea que es una copia servil del pasado. Sobre que como se ha dicho más de una vez tradición no es todo lo pasado. No puede ser en ningún modo lo que esté en pugna con la naturaleza humana del hombre y su vida de relación, No puede ser lo que desconoce la sustancia de la Patria. La Tradición, como dijo Víctor Pradera (2), «es el pasado que cualifica suficientemente los fundamentos doctrinales de la vida de relación en abstracto considerada»; o en otras palabras, «es el pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro».

O como dijo José Antonio: «Tradición no es copia servil del pasado, sino afán de adivinar lo que los antiguos harían

---

(1) M. Menéndez y Pelayo. (El siglo XIII y San Fernando). Discurso en el tercer Congreso Católico Nacional de Sevilla. 1892.

(2) Víctor Pradera. «El Estado Nuevo».

en nuestras actuales circunstancias» (1). Que es lo mismo que podemos recoger de los siguientes párrafos de Menéndez y Pelayo, pronunciados con ocasión del Centenario de Balmes: «Todavía España tenía un corazón y un alma sola—se refería a los albores del siglo XIX—cuando de la salud de la Patria se trataba, y los mismos que, por su educación o por influjo de extrañas lecturas, parecían más apartados de la corriente tradicional se dejaban arrastrar por ella, confundidos generosamente entre la masa de sus humildes conciudadanos. En aquella federación espontánea y anárquica que surgió como por ensalmo de las entrañas de un pueblo aletargado pero viril, todas las voces de la antigua Iberia volvieron a resonar con su peculiar acento; organismos que parecían muertos o caducos resurgieron con todos los bríos de la juventud, y una inmensa explosión de amor patrio, confiada, irresistible, corrió desde las playas de Asturias hasta la isla gaditana, volviendo a unir las regiones no con el yugo servil del centralismo exótico, sino con los lazos del amor y del común sacrificio». (2) Y, después de hecha esta remembranza de la Guerra de la Independencia, continúa el Maestro: «La Fé hace portentos y salva a las naciones como a los individuos. De aquella formidable contienda salió ileso el cuerpo de la Patria, porque aún había un alma que le informase y ningún español dudaba de los destinos inmortales de España. Hoy presentamos—se refería a los albores de nuestro siglo—el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación

---

(1) José Antonio. «Discursos». Ediciones Jerarquía. 1938.

(2) Menéndez y Pelayo. «Dos palabras sobre el Centenario de Balmes». En el Congreso Internacional de Aplogética. 1910.

de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía». (1)

Esta era la Tradición que propugnaba Menéndez y Pelayo. La que han propugnado todos los buenos españoles que de veras han amado a España. Y con fé en nuestros destinos, porque esa fé, que ensalza el polígrafo en todos sus escritos, es la que hace portentos y salva a las naciones y a los individuos. Sin ella nada se puede ser. Con ella todo lo lograremos. Por algo se dijo que la fé mueve las montañas.

Nosotros hoy vemos encauzada la vida nacional—bajo la mente y el mandato del Caudillo providencial de España—hacia el resurgimiento de nuestro propio ser. Hoy la revolución española, la que se está haciendo, la que se inició el 18 de julio de 1936, sí que tiene base doctrinal y filosófica, y sí que se apoya, como deseaba Menéndez y Pelayo, en puntales firmes y transcendentales. Ya no es la época aquella en que «las revoluciones se dirigen a la parte inferior de la naturaleza humana». Ya no es la época en que «cualquier «ideal» triunfa y se arraiga si andan de por medio el interés y la concupiscencia, grandes factores en la filosofía de la Historia». (2) Ya no es aquella época que le hacía exclamar a Menéndez y Pelayo, refiriéndose a las Cortes de Cádiz: «Fruto—ésta—de todas las tendencias desorganizadoras del siglo XVIII, en ellas fermentó, reduciéndose a leyes, el espíritu de la Enciclopedia y del Contrato Social. Herederas de todas las tradiciones del antiguo regalismo jansenista, acabado de corromper y malear por la levadura volteriana, llevaron hasta el más ciego

---

(1) Idem.

(2) Heterodoxos. Tomo VII.

furor y ensañamiento la hostilidad contra la Iglesia, persiguiéndola en sus ministros y atropellándola en su inmunidad. Vuelta la espalda a las antiguas leyes españolas y desconociendo en absoluto el valor del elemento histórico y tradicional, fantasearon, quizá con generosas intenciones, una Constitución abstracta e inaplicable, que el más leve viento había de derrocar. Ciegos y sordos al sentir y al querer del pueblo que decían representar, tuvieron por mejor, en su soberbia de utopistas e ideólogos solitarios, entronizar el ídolo de sus vagas lecturas y quiméricas meditaciones, que insistir en los vestigios de lo pasado y tomar luz y guía en la conciencia nacional. Huyeron sistemáticamente de lo antiguo; fabricaron alcázares en el viento, y si algo de su obra quedó no fué ciertamente la parte positiva y constituyente, sino las ruinas que en torno de ella amontonaron». (1)

Por este camino, contrario a la tradición y a la sustancia de la Patria, se llegó a la torpe y miserable vida contra la que se levantó España en 1936. Hoy, repetimos, la vida nacional está encauzada por las rutas verdaderas. Por los caminos de España que no tienen pérdida posible. Garantía de ello son aquellas palabras pronunciadas por nuestro Caudillo en ocasión memorable: «No queremos a una España vieja y maleada; queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer Imperial de nuestro pueblo». (2) Por esto se ha podido decir, y debe decirse, que el Nuevo Estado español debe fundarse en todos los principios de la Tradición adaptados al tiempo y al espacio.

Esto es lo que quería también Menéndez y Pelayo, pa-

---

(1) Heterodoxos. Tomo VII.

(2) Discurso del Caudillo Franco anunciando la unificación y fusión de los distintos partidos el 18 de abril de 1937, en Salamanca. Ver «Discursos» de Franco, editados por Jerarquía. 1938.

ra lograr la verdadera integridad nacional, base de nuestra perenne unidad. Un Estado al modo del que realizaron los Reyes Católicos. «Dos siglos de absolutismo glorioso, pero exótico, y otros dos de absolutismo inepto» habían borrado la noticia de nuestra constitución histórica. (1) El quería un Estado conforme con el espíritu del Evangelio y conforme con la tradición nacional.

Hemos de concluir y lo lamentamos. Porque todo lo que sea extraer textos de la cantera riquísima de las obras de Menéndez y Pelayo es trabajo que por ir enderezado a nuestra grandeza es meritorio aunque lo tenga que hacer yo en esta coyuntura. Pero tengo para mí que como mi ensayo se eleva sobre la obra del polígrafo montañés, a quien llegue a conocerle le quedará el recuerdo de las palabras del autor de los Heterodoxos, lo que tal vez le sirva de acicate para ir a buscar el texto original lo que yo por falta de tiempo y por desmaña no supe ensamblar en estas ligeras consideraciones.

He tratado a través de la obra de Menéndez y Pelayo, de dar una síntesis de lo que, según el Maestro, debe ser la unidad española. No sé si lo habré conseguido.

La unidad de España es premisa indispensable para su grandeza. Y para su libertad. En la consigna de la España de la hora presente, —que es la España verdadera, la que evangelizó a medio mundo y la que estuvo siempre en la primera línea de la lucha por la Civilización,— en la consigna de la España de la hora presente, repetimos, figura como grito esencial el de la Patria Una, Grande, Libre. Esto no es simplemente un grito. Esto es una síntesis elocuentísima de todo un programa de resurgimiento.

Aquella «Unidad de Destino», que fué uno de los primeros postulados de los momentos iniciales del resurgimiento de la juventud española, bajo la inspiración de José Antonio, es

---

(1) Almanaque de los Amigos de Menéndez y Pelayo para el año escolar 1932-1933. (Madrid, 1932).

principio de nuestra grandeza. Debemos volver al lado bueno de España, «el lado civil, heróico, religioso, original y limpio, que es el que ha mirado hacia la unidad de destino, que impuso en el mayor apogeo de su historia, la tesis católica de la unidad del género humano». (1)

Con esta unidad se logra indefectiblemente la grandeza, aquella misma grandeza que le permitió a España—y que le ha de permitir—ocupar el puesto que de derecho le corresponde. Aquella grandeza, aquella desbordada corriente, en frase de Menéndez y Pelayo, para la que no eran lecho bastante amplio un siglo y dos mundos. (2)

Y con la unidad y la grandeza, logradas por los caminos genuinamente españoles, que—volvemos a repetir—no tienen pérdida posible, la libertad se da por añadidura.

Se ha luchado en España por la recuperación de su ser y su sustancia. Y para ello ha habido que reconquistar palmo a palmo, en nueva y portentosa cruzada, todo el solar patrio. Hoy, como para la guerra de la Independencia del ochocientos, podrían entonarse las palabras con que Menéndez y Pelayo encomió el despertar del pueblo español. Entonces fueron «los bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia, las asperezas del Bruch, los campos de Bailén». (3) Hoy han sido los muros centenarios del Alcázar, los de Simancas, los de Santa María de la Cabeza, las ruinas de Brunete y Belchite, los campos de Teruel, las rutas gloriosas de los mares de España. Y esta España, una, grande y libre, reemprende su camino de gloria al servicio de la unidad católica y ecuménica del mundo. Unidad de los hombres y de los pueblos en un destino glorioso del que siempre ha sido heraldo y avanzada. ¡Arriba España!

---

(1) José Antonio. «Discursos». Edición citada.

(2) Historia de la Poesía Castellana en la Edad Media. 1916. Tomo III.

(3) Heterodoxos. Edición citada. Tomo VII.